

¿Centros de poder? Sociedad y poblamiento en la Meseta Norte española (ca. 800 - 400 a.C.)

*¿Centers of power? Society and population
in the Northern Plateau of Spain (ca. 800-400 BC)*

Gonzalo Ruiz Zapatero
Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Prehistoria
gonzalar@ghis.ucm.es

Jesús. R. Álvarez-Sanchís
Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Prehistoria
jralvare@ghis.ucm.es

Recibido: 10-06-2015; Revisado: 22-08-2015; Aceptado: 13-10-2015

Resumen

La aparición de los primeros centros fortificados en la Meseta Norte durante la Primera Edad del Hierro es un proceso cuya comprensión se encuentra aún en sus inicios. No obstante, los resultados de las investigaciones arqueológicas más recientes proporcionan una imagen considerablemente mejorada sobre el desarrollo de estos sitios autosuficientes, algunos de los cuales se aglomeraron formando grupos mayores y más complejos al final del período. La configuración de asentamientos y comunidades, la interpretación sociológica de sus correspondientes necrópolis y los patrones regionales de poblamiento nos acercan a la organización social de las gentes que habitaron la Meseta en aquel período.

Palabras clave: Edad del Hierro, España, Meseta Norte, sociedad, urbanismo, castro, *oppida*.

Abstract

The appearance of the first fortified settlements in the Northern Plateau (Spain) during the Early Iron Age is a process whose understanding is still far from resolved. We know when some small settlements were founded, but the evolution of these communities into other ones that were somewhat larger and more complex is not clear. However, the results of the latest archaeological research provide significantly improved image on the development of these sites, some of which were nucleated into larger and more complex groups at the end of this period. The configuration of settlements and communities, the sociological interpretation of their cemeteries and the regional settlement patterns reveal the social organisation of the people who inhabited the plateau in that period.

Keywords: Iron Age, Spain, Northern Plateau, Society, Urbanism, Hillfort, Oppida.

En la Primera Edad del Hierro (ca. 800-400 a. C.), por primera vez en las tierras del interior de la Península Ibérica, algunas comunidades crecieron mucho y se volvieron más activas desde el punto de vista económico. Por lo que sabemos, antes de ese período ninguna comunidad superaba la categoría de pequeña aldea, con una población que seguramente no llegaba al medio centenar de personas. Incluso después del 800 a. C., y hasta la conquista romana, la inmensa mayoría de las personas vivieron en poblados menudos y la economía, en su conjunto, reflejaba un modelo disperso de asentamiento. Aunque en la actualidad, sabemos que en otras regiones de Europa sí hubo núcleos que pudieron alcanzar más de un millar de habitantes (GUICHARD *et al.*, 2000) e incluso asentamientos con superficies de más de 100 ha, equiparables a los grandes *oppida* de finales de la Edad del Hierro, tal y como la investigación reciente ha demostrado en sitios como Heuneburg o Bourges (KRAUSSE y FERNÁNDEZ-GÖTZ, 2012; PEYRE y BUCHSENSCHUTZ, 2008). De manera que los primeros centros urbanos en la Europa central y occidental pudieron remontarse al siglo VI a. C. (BIEL y KRAUSSE, 2005).

Para una aproximación a los comienzos de los centros urbanos en la Edad del Hierro es útil una breve reflexión sobre el concepto de *oppidum*. Para empezar se trata de un término tomado de la referencia cesariana en la conquista de las Galias (58-51 a. C.) que no es unívoco —Julio César no ofreció un listado consistente de rasgos típicos—, y en las dos últimas décadas el concepto ha sido debatido, redefinido y caracterizado sobre bases regionales en distintos territorios europeos (BRYANT, 2007; COLLIS, 2000; FERNÁNDEZ-GÖTZ, 2014; HILL, 2007; KÖHLER, 1995; PITTS, 2010; RIECKHOFF, 2002; THURSTON, 2009:18-19; WOOLF, 1993). Si el propio término latino fue usado de forma inconsistente en los textos clásicos, según áreas y *populi* (COLIN, 1998), se puede comprender la dificultad para crear un concepto cerrado y de contornos definidos manejando el registro arqueológico (COLLIS, 1984; WOOLF, 1993). A pesar de todo ello las características fundamentales atribuidas a los *oppida* en las distintas «etiquetas» generalizadas son las siguientes: 1) centros fortificados con defensas naturales y artificiales (excepcionalmente sin ellas), en llano o en altura, 2) asentamientos de gran superficie que puede oscilar de unas pocas decenas de Ha. a varios centenares, 3) rasgos urbanos, reconocibles en la ordenación interna, con calles o viales, y espacios y servicios colectivos o públicos, 4) una diversidad de funciones que incluye de forma importante la elaboración de diversas artesanías y 5) un papel decisivo en la organización de los territorios circundantes como centros de poder político y controladores de un comercio de «bienes de prestigio» (BLÖDORN, 2006). Por otra parte, se ha puesto de relieve la diversidad de sus orígenes, tamaños y, sin duda alguna, de funciones. Hoy día, después de la primera reflexión crítica de WOOLF (1993), si algo define y permite aglutinar a los *oppida* es ese carácter multiforme y diverso, lejos de la pretendida identidad conceptual de hace años. Estos asentamientos, ciertamente, no fueron uniformes ni en orígenes, morfología, funciones o desarrollo.

Los casos recientes de grandes núcleos de población en la Primera Edad del Hierro de Centroeuropa (FERNÁNDEZ-GÖTZ y KRAUSSE, 2013; SIEVERS y SCHÖNFELDER, 2012) enlazan con el debate sobre los *oppida* de finales de la Segunda Edad del Hierro y obligan a repensar la organización social, las escalas demográficas y

los tipos de asentamiento de las comunidades de inicios del Hierro (CUNLIFFE y OSBORNE, 2005). En ese contexto se sitúa este trabajo.

Volviendo a la Península Ibérica, el paisaje físico tuvo que ser un factor importante. Casi toda la Meseta española, a excepción de las áreas más agrestes y montañosas, puede producir suficiente comida para sustentar poblaciones del tamaño de las prehistóricas. Hablamos de comunidades pequeñas cuya dieta principal de subsistencia (cereales y frutos secos, productos lácteos, pescado y caza) era accesible y fácil de obtener. Con este medio tan propicio, ¿por qué surgieron comunidades más grandes, más permanentes y con marcados síntomas de jerarquización social?. La documentación arqueológica describe a menudo con relativa claridad lo que ocurrió, pero rara vez dice cómo y por qué ocurrió (ÁLVAREZ-SANCHÍS y RUIZ ZAPATERO, 2014: 204-205). Las causas del despegue inicial son todavía oscuras. Muchos estudiosos ven en la Primera Edad del Hierro el resultado de una expansión continua de la agricultura, pero los detalles del proceso apenas se comprenden (ROMERO *et al.*, 2008: 657-668). Uno de los factores más críticos en el proceso de cambio fue probablemente el aumento de las cantidades de metal producido y procesado en objetos elaborados (RUIZ ZAPATERO *et al.*, 2012: 157-161). Éste podía manufacturarse para nuevas herramientas destinadas a la agricultura y otras tareas productivas que intensificaron los recursos alimenticios disponibles.

Sabemos que a comienzos del primer milenio a.C. se produjo un importante cambio ambiental; el clima en la mitad norte de Iberia se hizo más fresco y lluvioso (LÓPEZ-SÁEZ y BLANCO-GONZÁLEZ, 2003; LÓPEZ-SÁEZ *et al.*, 2009). La coincidencia entre este acontecimiento y la súbita irrupción de aldeas agrícolas en torno a las fértiles vegas de los ríos sugiere una relación que necesita ser más estudiada. Cualquier cambio en el paisaje, por pequeño que parezca, podía provocar el progresivo desplazamiento de familias enteras a través del territorio. Es posible que estos desequilibrios ambientales provocaran crisis demográficas entre las comunidades dedicadas al pastoreo, tradicionalmente obligadas a desplazamientos estacionales, y una mayor presión sobre los recursos alimenticios. Lo que sí parece reconocerse en el registro arqueológico es que una parte muy importante de los característicos asentamientos de finales de la Edad del Bronce -unas pocas chozas de entramado vegetal apoyadas sobre postes- se abandonaron definitivamente (BLANCO-GONZÁLEZ, 2010: 368-372) y sólo unos pocos sitios siguieron siendo habitados de forma permanente.

1. PRIMERA EDAD DEL HIERRO: UN NUEVO MODELO DE POBLAMIENTO

En el valle del Duero emergieron en esta época un número muy considerable de poblados, entre 1 y 5 hectáreas de tamaño, que explotaban de manera sistemática las tierras fértiles del llano. Distintos análisis han demostrado la existencia de un paisaje arbolado pero poco denso en las inmediaciones, probablemente condicionado por las necesidades de roturación, y una agricultura cerealista especializada en trigo, cebada y avena (DELIBES *et al.*, 1995; ROMERO *et al.*, 2008: 665-669). El grano doméstico suele aparecer dentro de las casas y en el interior de grandes recipientes, lo que constituye un cambio importante respecto a los tradicionales silos o pozos de finales de la Edad del Bronce excavados en el suelo. El caso implica una «colonización» agrícola del entorno, en clara oposición a los

grupos de pastores de la Edad del Bronce. Este mundo se conoce genéricamente con el nombre de «cultura del Soto de Medinilla» y define hoy día la Primera Edad del Hierro en el centro de la Península Ibérica (DELIBES y ROMERO, 2011: 67 ss.). El número de poblados que cabe atribuir a este momento es muy amplio. Se conocen decenas de yacimientos que suelen consistir en una sucesión de casas, granjas y pequeñas aldeas dispersas, aunque el número de sitios conocidos se rarifica en los bordes de la cuenca sedimentaria. Se caracterizan por sus casas redondas de adobe (RAMÍREZ, 1999), cerámicas lisas y una metalurgia de influjo atlántico, pero desconocemos la forma de enterramiento. Sus orígenes, todavía debatidos, deben buscarse en el substrato local de la Edad del Bronce.

En torno a los siglos VII y VI a.C. aparecen en las altas tierras de Soria y Guadalajara (ROMERO y LORRIO, 2011: 99 ss.; ARENAS, 2011: 133-138), así como en los rebordes montañosos de Ávila, Zamora, Salamanca y León (ESPARZA, 2011: 16 ss.), un buen número de asentamientos que pueden calificarse de estables. Muchos están protegidos por murallas de piedra, aunque también se hallan otros carentes de defensas salvo la que implica el propio emplazamiento natural. En algunas áreas, como la comarca de Molina de Aragón, la concentración es muy importante y los pequeños asentamientos celtibéricos llegan a parcelar intensamente los valles, controlando las vías de paso y las tierras más fértiles (ARENAS, 1999: 208 ss y 2012). Este tipo de hábitat tendrá un gran arraigo en la zona y conocerá un largo desarrollo, en algunos sitios prácticamente hasta la llegada de las legiones romanas (LORRIO y RUIZ ZAPATERO, 2005: 202 ss.; RUIZ ZAPATERO y LORRIO, 2007). En el norte de la provincia de Soria los poblados identificados presentan espectaculares defensas que incluyen murallas, fosos y piedras hincadas en el suelo (ROMERO, 1991 y 2003), pero tienen un tamaño pequeño, con superficies casi siempre inferiores a la hectárea. Lo que mejor se conoce de estos singulares sitios es precisamente la muralla, formada por dos paramentos y el interior relleno con tierra. Su sección puede ser trapezoidal o rectangular, a veces con la base muy ensanchada (castro de El Zarranzano, Cubo de la Sierra). En algunos casos se erigieron auténticos puestos militares, controlando puntos y vías de comunicación estratégicas.

La escasez de hallazgos dificulta abordar el papel jugado por las sociedades de la Edad del Bronce en la emergencia de estos primeros asentamientos (RUIZ ZAPATERO, 2007). Poblados abiertos formados por agrupaciones de cabañas endebles, como el de Fuente Estaca, en Embid (Guadalajara), han llevado a plantear, a partir de un riguroso estudio del registro arqueológico, pequeños movimientos migratorios procedentes del valle del Ebro en el transcurso del siglo VIII a.C. (ARENAS, 1999: 171-172). Otras veces, ocurre que las cerámicas halladas en yacimientos como Los Quintanares de Escobosa (Calatañazor, Soria) o Reíllo (Cuenca), tienen su mejor paralelo en los Campos de Urnas del Ebro (RUIZ ZAPATERO, 1995: 29 ss.), pero los diseños y las técnicas decorativas entroncan claramente con los gustos imperantes a finales de la Edad del Bronce en el interior de la Meseta.

Conocemos bastante mal la anatomía interna de todos estos sitios, tanto los que eran simples poblados como aquellos que pudieron tener una función militar o comercial específica. Se han localizado estructuras estables en el castro de Los Castillejos de Fuensaúco (Soria), con cabañas circulares excavadas en la roca (Romero y MISIEGO, 1995: 130-134). En cualquier caso, el tipo de poblado formado por casas rectangulares entre 30 y 50 m² de superficie, adosadas unas a otras con muros cerrados hacia el exterior, es característico de la cultura celtibérica

desde esta fase inicial (ARENAS, 2010). En este modelo de «poblado cerrado» las puertas daban a una calle central, reflejando una organización comunitaria. Este urbanismo ofrece rasgos que son muy característicos de los poblados de Campos de Urnas del valle del Ebro y que penetró paulatinamente en la Meseta hasta llegar al Atlántico. Debió consolidarse en poco tiempo, como se deduce por ejemplo de las viviendas halladas en la fase antigua de sitios como La Coronilla y El Ceremeño (Guadalajara) (CERDEÑO y GARCÍA-HUERTA, 1992; CERDEÑO y JUEZ, 2002: 31 ss.). La interpretación de pequeños grupos que se están moviendo siguiendo la margen derecha del río Ebro es consistente con la difusión del ritual funerario de la cremación (RUIZ ZAPATERO, 2007: 44-46), dato que se vería confirmado con los hallazgos de la necrópolis de Herrería (CERDEÑO et al., 2002). Tenemos, por tanto, hipótesis que tienden a plantear un cierto dualismo cultural: grupos innovadores que se mueven por las grandes líneas de comunicación, frente a grupos más conservadores en territorios más aislados y cerrados.

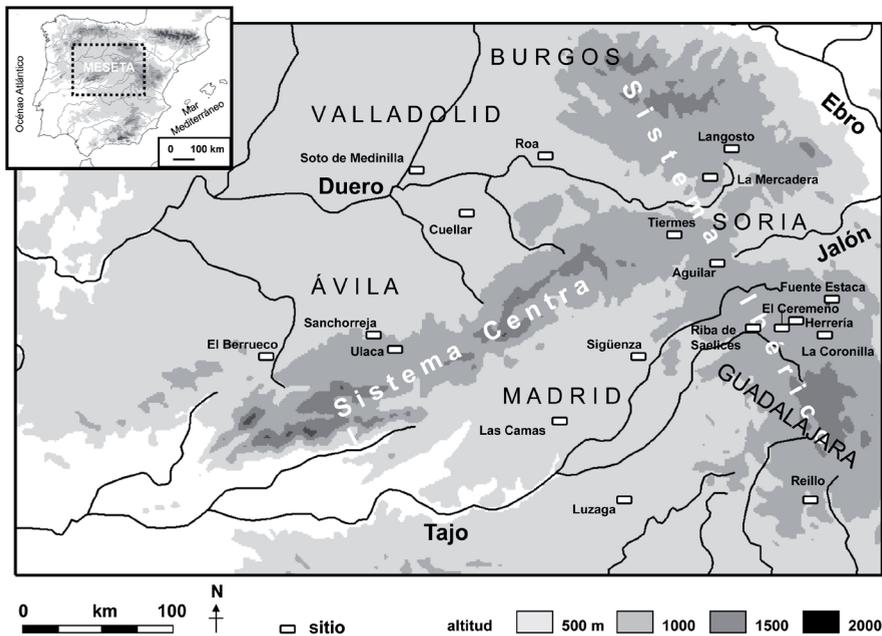


Figura 1. Área de estudio en la Meseta Norte española y principales yacimientos citados en el texto.

Durante los siglos VII y VI a.C. un nuevo e importante elemento económico hizo su aparición en las tierras del interior: la demanda por parte de las colonias fenicias y griegas de materias primas para abastecer una población y unas industrias en expansión. Los motivos y las fechas de los primeros asentamientos coloniales en Andalucía y Levante son todavía poco claros y objeto de debate (CELESTINO *et al.*, 2008; DELGADO, 2008: 370 ss.), pero el establecimiento de fondeaderos y puertos en puntos estratégicos de acceso al *hinterland* bárbaro nos habla del papel central del comercio. Se mire por donde se mire, los puertos comerciales establecidos en Iberia estimularon el desarrollo de las comunidades indígenas del

interior. La reacción de cada aldea o grupo de aldeas involucradas varió según los casos, pero la pauta general fue siempre la misma: la importación de productos manufacturados y objetos de lujo provocaron cambios en la producción artesanal y en las relaciones sociales (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2000: 70-72; JIMÉNEZ ÁVILA, 2002). Los comerciantes impusieron sobre las élites indígenas la demanda de productos muy significativos desde el punto de vista político y social (vasos y jarros de bronce, joyas, cerámicas, telas) que crearon vínculos de dependencia y la transformación de las tradicionales estructuras sociales y económicas. Algunos de los objetos hallados en los ajueres de los primeros cementerios celtibéricos apuntan a un comercio foráneo. Se trata de elementos muy específicos por su utilidad y significado, que podemos relacionar con la vestimenta y las nuevas tecnologías (RUIZ ZAPATERO y LORRIO, 2000; LORRIO y RUIZ ZAPATERO, 2005: 202 ss.). Ejemplo de ello serían las fíbulas de doble resorte y los primeros broches de cinturón de escotaduras y de uno a tres garfios, que seguramente indican cambios en el vestir asociados a un estatus elevado, o los primeros objetos realizados en hierro, como largas puntas de lanza y cuchillos curvos. Otra opción, que no debemos descartar, es plantear la arribada de algunos de estos productos desde las regiones próximas al mundo colonial fenicio del noreste peninsular, a través del valle del Ebro, junto al propio ritual de incineración y a las urnas que formarían parte de él (RUIZ ZAPATERO, 1992; GRAELLS, 2008: 285 ss.).

A medida que estos desarrollos se intensificaban, cambiaba el carácter de los asentamientos. Antes del 600 a.C. el paisaje estaba salpicado de pequeñas comunidades agrícolas y ganaderas, bastante similares en cuanto a su actividad económica. Al desarrollarse el comercio y la industria del hierro, unos pocos centros pasaron a dominar el panorama (RUIZ ZAPATERO *et al.*, 2012: 157 ss.). El aspecto defensivo de algunas aldeas de la época puede entenderse mejor por la necesidad de proteger la nueva riqueza que se generaba y se transportaba de un lugar a otro. Algunos asentamientos emplazados en promontorios se convirtieron en residencias fortificadas de las elites locales y llegaron a ejercer un estrecho control de las gentes y recursos del territorio. Su influencia sobre el paisaje se reflejaría sobre todo en un incremento de las distancias entre los sitios más importantes. Este modelo refuerza la idea de pequeñas jerarquías territoriales (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2000: 68-70) y así se ha sugerido para los castros de El Berrueco, Sanchorreja (Ávila) o Villanueva de la Vera (Cáceres), en las estribaciones montañosas de la Sierra de Gredos, controlando de hecho las vías de acceso a la Meseta desde el sur de Iberia.

Todo parece indicar, por lo tanto, que en el transcurso de la primera mitad del primer milenio a.C. el hábitat se ha integrado dentro de ese ciclo agrícola y empezamos a encontrar una asociación regular entre los castros fortificados y poblaciones estables (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2000: 74-75; RUIZ ZAPATERO, 2007: 43 ss.). La significación de estos núcleos fue marcada de una forma identificable visualmente mediante la creación de límites y murallas, e incluso si se admite el contexto doméstico de algunas inhumaciones conocidas en poblados del valle del Duero como Roa (Burgos), Cuéllar (Segovia), Medina del Campo, Simancas o Soto de Medinilla (Valladolid) (DELIBES y ROMERO, 2011: 72-73), éstas encontrarían una justificación en la apropiación simbólica del suelo. Se trata de sepulturas realizadas bajo las viviendas, que corresponden a niños de corta edad, y que podrían simbolizar una preocupación por la fertilidad y la propiedad de la tierra. Pero el esfuerzo invertido en la construcción de las casas demanda una

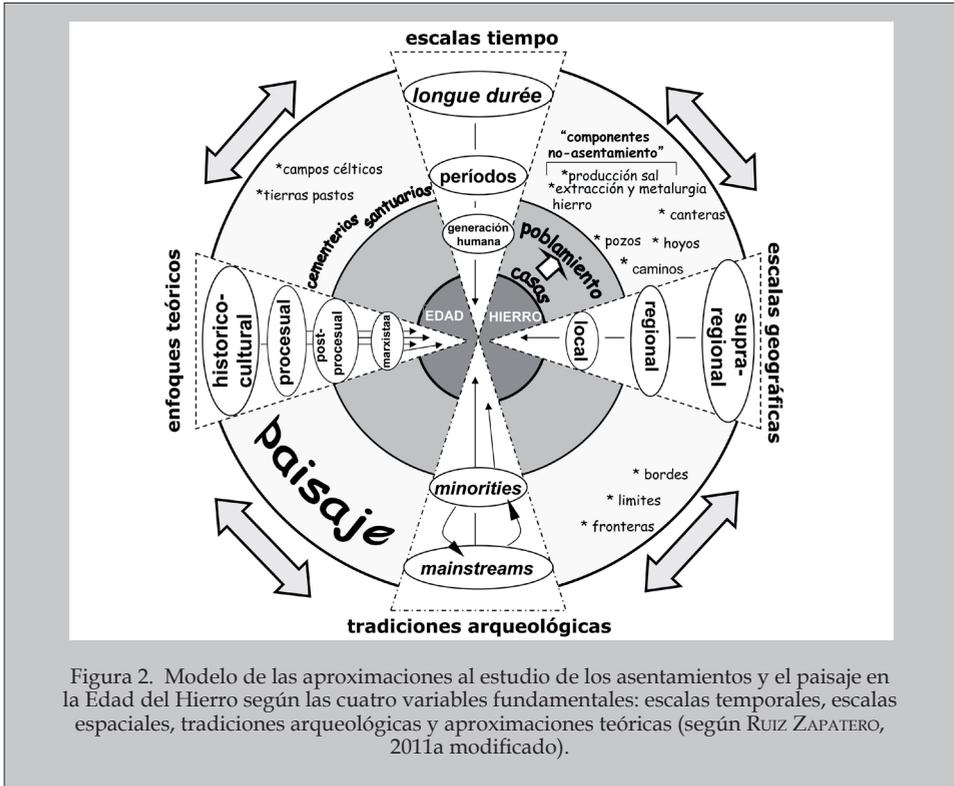
explicación mejor. Más allá del impacto económico que suponen los cereales cultivados y la ganadería, las nociones de descendencia, memoria y continuidad forman también parte de las grandes transformaciones de la época (GONZÁLEZ-RUIBAL, 2006; BLANCO-GONZÁLEZ, 2011). No en vano, la impresión que uno obtiene de los datos disponibles es que los asentamientos de la Primera Edad del Hierro se desarrollaron independientemente, incluyendo períodos de ocupación y abandono o de una mayor y menor actividad. Por qué unos pocos tuvieron más éxito que otros y pervivieron durante más tiempo, no es una cuestión fácil de responder. La necesidad de definir nuevos territorios en la Edad del Hierro sugiere un mayor énfasis en la capacidad productiva de la tierra (RUIZ-GÁLVEZ, 1993: 43-46 y 1998), exacerbada quizás por un incremento de población (BLANCO-GONZÁLEZ, 2010: 368-372). Admitido esto, se podría asociar el desarrollo de los primeros castros celtibéricos con parcelaciones importantes en el paisaje.

Las primeras necrópolis celtibéricas constituyen una expresión de las relaciones de poder. Corresponden a este momento los más antiguos cementerios de incineración conocidos en la Meseta, en torno a las cabeceras de los ríos Duero, Tajo y Jalón, auténtica área nuclear de la Celtiberia. Allí es donde

APROXIMACIONES AL ESTUDIO DE LOS MODELOS DE POBLAMIENTO Y PAISAJE EN LA EDAD DEL HIERRO

La complejidad de las aproximaciones recientes al poblamiento y el paisaje de la Edad del Hierro queda sintetizada en una matriz con cuatro componentes fundamentales (Fig. 2): 1) los paradigmas teóricos, 2) las tradiciones arqueológicas, 3) las escalas temporales y 4) las escalas espaciales (RUIZ ZAPATERO, 2011a: 89 ss. y fig. 2.2). Y aunque obviamente hay tendencias dominantes en cada componente, las combinaciones posibles entre ellas son múltiples. Primero, los enfoques teóricos dirigen los estudios y las preguntas relevantes (RUIZ ZAPATERO, 2011a: 89). Segundo, todo ello se hace dentro de las tradiciones arqueológicas que son asimétricas (NEUSTUPNY, 1997-1998) y marcan el sentido profundo de la propia práctica arqueológica. Tercero, las escalas de tiempo van más allá de las periodizaciones tradicionales e incorporan dimensiones variables como la *longue durée* (CUNLIFFE, 2001: 554 ss.) o el tiempo medido en generaciones humanas de la época (BUCHSENSCHUTZ, 2007: 261), por ejemplo con estimaciones de tumbas por generación en necrópolis (ALMAGRO *et al.*, 2008: 911-929) o, en fin, *biografías* de las casas que intentan delimitar la durabilidad de las estructuras domésticas (GERRITSEN, 1999). Y por último, las escalas espaciales operan desde contextos micro –casas y tumbas– a otros macro implicando regiones extensas, con una importancia creciente de los estudios de los alrededores inmediatos de los asentamientos, demostrando que estos últimos son parte –sólo una parte aunque sea la más importante– de los paisajes coetáneos en los que se insertan, más que elementos aislados.

La tarea investigadora es promover estudios integrados de todos los elementos del territorio habitado para descubrir las maneras en las que las gentes de la Edad del Hierro estructuraron el paisaje en el que vivieron y al que dieron sentido según su visión cosmológica (FOKKENS y ARNOLDUSSEN, 2008: 8). La arqueología de los «alrededores de los asentamientos» será un tema crucial en la próxima década, a pesar de que sea una línea de investigación costosa, que requiere tiempo y además no proporciona resultados rápidos y brillantes. Pero será una arqueología de «comunidades locales» (GERRITSEN, 2008) que ofrecerá visiones profundas y holísticas de las sociedades del Hierro. De alguna manera, la aproximación más completa a la realidad de las comunidades del primer milenio a. C.



encontramos las evidencias más antiguas de esta cultura y donde el detallado estudio arqueológico de los cementerios ha permitido construir una secuencia de ocupación completa que arranca en los siglos VII-VI a.C. (LORRIO, 2005: 261 ss.). Los cementerios celtibéricos más antiguos reflejan una cierta homogeneidad en los enterramientos, pero frente a una mayoría de población con ajueres de poca riqueza, existen unos pocos individuos con armas, básicamente lanzas y cuchillos de hierro, que supone la existencia de grupos con una incipiente diferenciación social. Nuestra descripción de lo que pudo acontecer a partir de ese momento es sólo parcialmente comprensible, pero es indudable que a partir del siglo IV a.C. la estructura social se fue haciendo más compleja (SANZ, 1998: 468 ss.; LORRIO y RUIZ ZAPATERO, 2005: 204-208; ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2005: 258-265). Esto tiene su correlato en los ajueres de las sepulturas. Las tumbas ricas podían incluir espadas, escudos, lanzas, yelmos y pectorales de bronce, y los jefes más prominentes estaban acompañados de arreos que seguramente habían utilizado para sus caballos. Por debajo de los jinetes y guerreros había un grupo más amplio con una panoplia más modesta y finalmente la masa de población, con ajueres más pobres y distintos grados de riqueza. El retrato sociológico de estos cementerios será, por tanto, el de un sistema basado en la importancia del guerrero dentro de las comunidades (ALMAGRO-GORBEA y LORRIO, 2004). La guerra, los pillajes y las incursiones armadas debieron ser mecanismos básicos que sirvieron para perpetuar y reproducir el sistema. No es fácil trazar un panorama global de los

asentamientos de la época. Tenemos buenos estudios regionales sobre la Edad del Hierro inicial, pero lo habitual es imaginar un complejo mosaico de territorios con características distintas y cambiantes, como ya vienen recogiendo otras áreas de la Europa templada (CUNLIFFE, 2009; HASELGROVE y POPE, 2007; SHARPLES, 2010). El número de yacimientos excavados es elevado y eso dificulta controlar el registro, de manera que caemos en la tentación de mantener actualizadas descripciones que, de hecho, se están quedando «antiguas» (RUIZ ZAPATERO, 2011a: 95). A juzgar por el número de necrópolis conocidas, es bastante probable que la mayor parte de la población viviese en aldeas dispersas y autosuficientes. La lectura del registro habitacional encaja bien con el perfil sociológico de los cementerios: poblados pequeños y poco jerarquizados.

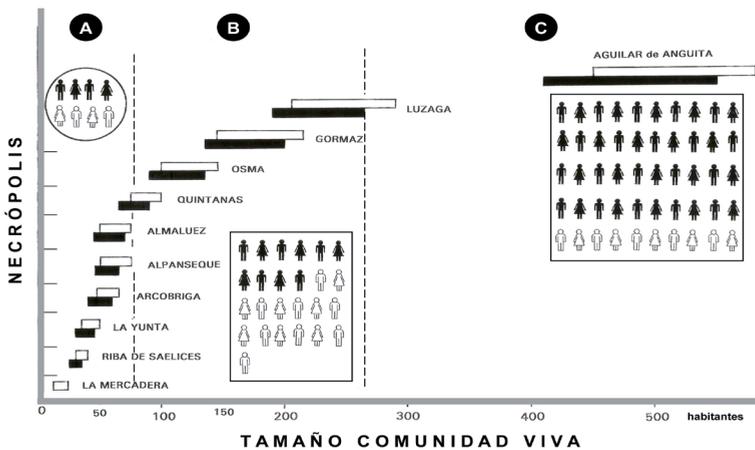


Figura 3. Estimaciones demográficas para algunos cementerios celtibéricos calculando el tamaño de la comunidad viva a partir del número de tumbas y la duración del cementerio. En negro valores con un factor de corrección del 10 % y en blanco con uno del 20 %. Se han identificado tres tamaños: a) hasta 100 hab.; b) entre *ca.* 100 y 300 hab. y c) más 300 hasta *ca.* 500 hab. (según Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero, 2001, modificado).

Idealmente estaríamos hablando de alquerías con cinco o seis casas y aldeas con un máximo de 20-25 familias. Se trataría, con toda seguridad, del tipo de núcleo más numeroso y constituiría buena parte del tejido de la población rural. Sin embargo, la estimación demográfica del tamaño de las comunidades enterradas y su relación con la superficie conocida de algunas aldeas ofrece contrastes relevantes (ÁLVAREZ-SANCHÍS y RUIZ ZAPATERO, 2001: 64 ss.; CERDEÑO y SAGARDOY, 2007: 144-149; ARENAS, 2010). En grandes necrópolis como Aguilar de Anguita o Luzaga (Guadalajara), la población residente llegaría a varios centenares de habitantes.

2. PRODUCCIÓN E INTERCAMBIO: LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS DEL HIERRO

La nueva organización socioeconómica que se infiere a partir del 700 a.C. impulsaría el crecimiento demográfico y llevaría a una progresiva concentración de la riqueza entre quienes debieron controlar recursos básicos, como pastos y salinas, muy abundantes en la zona y de enorme importancia para el ganado y la alimentación. La extracción y manipulación de la sal ya estaba en marcha a finales de la Edad del Cobre (DELIBES y DEL VAL, 2007-2008; GUERRA *et al.*, 2011), pero ahora su producción superó en mucho los niveles precedentes. El aumento de su utilización, como conservante para la carne y el pescado, tuvo que tener un gran impacto en las redes de comercio. Al mismo tiempo, el sistema agrícola pasó a ser más seguro y la posibilidad de pasar hambre en ciertas épocas del año pudo amortiguarse en parte.

La producción de hierro, favorecida en unos casos por la proximidad de importantes afloramientos en el Sistema Ibérico, permitió desarrollar desde el principio un eficaz instrumental. Una vez aprendidas las técnicas de fundir y forjar el hierro, muchas comunidades sacaron ventaja de los minerales que tenían en su territorio (RUIZ ZAPATERO *et al.*, 2012: 157 ss.). El hierro fue especialmente importante para las armas (puntas de lanza y cuchillos), ya presentes en los primeros cementerios celtibéricos como Carratiermes, Sigüenza, Molina de Aragón o La Mercadera (LORRIO, 2005: 152-156; ARENAS, 2012). Estos enterramientos contienen artefactos que ponen de manifiesto la existencia de nuevas técnicas metalúrgicas y preludian la aparición de una metalurgia especializada. Aunque apenas disponemos de datos sobre los procesos extractivos y los patrones de uso y deposición, lo cierto es que los minerales de hierro menudean por muchas comarcas del interior. El hierro garantiza un suministro fácil, una mejor distribución y productos más duros y afilados que el bronce. También se utilizó para fabricar herramientas y eso jugó un importante papel en la intensificación general de la producción. Los objetos de hierro más antiguos se encuentran en contextos del Bronce Final (siglos XII-X a. C.) del Sur y Oeste peninsular, vinculados a la «Precolonización» (ALMAGRO-GORBEA, 1993; RUIZ-GALVEZ, 1993: 46 ss.), esto es, a los contactos y navegaciones desde el Mediterráneo Oriental inmediatamente anteriores al establecimiento de las primeras factorías fenicias estables en las costas de Andalucía, alrededor del 825/800 a.C. (GONZÁLEZ DE CANALES *et al.*, 2004; CELESTINO *et al.*, 2008). Pero la difusión de la metalurgia del hierro ya parece estar asegurada en importantes yacimientos de la Meseta occidental (El Berrueco, Sanchorreja, Ledesma) y en el valle medio del Duero (Soto de Medinilla, Cuéllar), en torno a los siglos VIII-VII a. C. Se trata de cuchillos, navajas de afeitar, escoplos, punzones, hachas y azuelas, que implican un cierto conocimiento de su funcionalidad y tecnología, tal vez asociado a la figura del especialista itinerante. Por tanto, son objetos personales de distinción –cuchillos y navajas– y herramientas un tanto especiales.

Resumiendo, la emergencia de grupos aristocráticos en la Meseta, como se infiere del estudio de las tumbas y los ajuares, podría deberse en parte a la evolución de grupos dominantes de las sociedades pastoriles del Bronce Final, y en parte también a los aportes demográficos externos, aunque nos faltan más estudios en esa dirección (ALMAGRO-GORBEA, 2011). No se pueden negar desplazamientos de distinta naturaleza, no necesariamente importantes en términos demográficos pero sí de fuerte impacto socio-económico (RUIZ ZAPATERO

y LORRIO, 2007). Es posible que la llegada de gentes y nuevos productos marcara el inicio de una lenta y progresiva tendencia a abandonar formas de vida atávicas y relativamente inmovilistas. Este proceso se podría vincular con la importancia que iría adquiriendo el armamento y ciertos accesorios de moda (fíbulas, broches, brazaletes, collares) como nuevas formas de identificación étnica, y, a su vez, con el desarrollo de nuevas formas de explotación de la tierra.

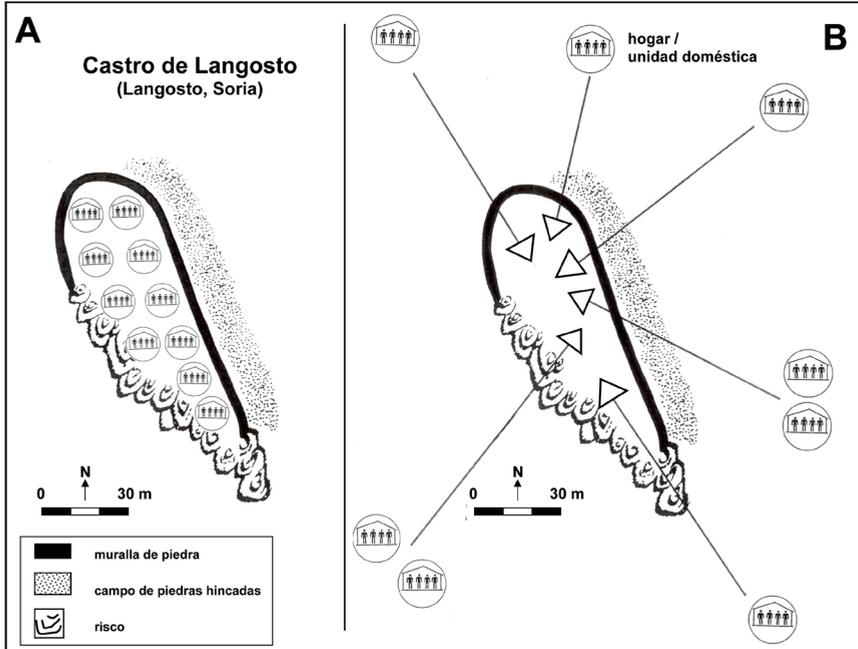


Figura 4. La aparente ausencia de elementos estructurales constructivos en el interior de algunos castros ofrece dos posibles interpretaciones: a) el modelo tradicional de una comunidad viviendo dentro y b) el modelo alternativo de castro como lugar de refugio de pequeños grupos familiares dispersos por los alrededores. (Datos del castro soriano de Langosto, según Taracena, 1941).

A pesar de la variedad que se constata, uno se siente tentado de ver en toda la zona un trasfondo cultural similar, es decir, una organización social y económica sumamente parecida, basada en una concentración poblacional y en unos servicios comunes en el interior de los asentamientos, organizados bajo la autoridad de un *jefe* local. Los sistemas económicos de las distintas comunidades variaban considerablemente según los recursos de cada región, pero la perduración de las fortificaciones, el carácter permanente de los asentamientos y los cementerios expresan, por vez primera, la importancia de la propiedad y de la explotación de la tierra. Evidencias que no deben ser vistas desde una perspectiva exclusivamente tecnológica. Hay que suponer que estamos asistiendo a una profunda reorientación del uso de la tierra y de sus excedentes, todo lo cual habría exigido un considerable esfuerzo comunitario, organizado bajo las directrices de alguna forma de autoridad. La significación de estos centros fue marcada visualmente con límites, murallas

y necrópolis, y eso mismo contribuiría a reforzar las distinciones entre las gentes.

Claro que, en un medio cultural disperso como es la Meseta, ninguna autoridad política o militar emergió para obtener el control de amplios territorios. La organización económica y social era siempre a pequeña escala. Las personas podían actuar en el medio que constituían sus comunidades locales sin entrar en conflicto con sistemas comerciales más organizados y de mayor envergadura. La competencia y la lucha eran por tanto inevitables, dada la falta de una política y control regional. El desarrollo o no de fortificaciones en el interior peninsular puede indicar una diferenciación significativa entre las trayectorias seguidas por distintos territorios en lo referente a las guerras y saqueos durante la Primera Edad del Hierro; sin embargo, no conocemos las razones de ello. Pueden haber existido centros no fortificados en los rebordes montañosos con funciones similares a los asentamientos de la vega. Aunque también puede ocurrir que los procesos que tienden a la formación de organizaciones regionalmente centralizadas no se dieran al mismo ritmo. La cuestión de si estos sitios reflejan enfrentamientos endémicos en el seno de pequeñas comunidades agrícolas (ARMIT, 2007) o si se trata, por el contrario, de lugares centrales que contribuirían a vertebrar las relaciones «afectivas» de las gentes del entorno (LOCK, 2011), es un tema no resuelto y en ocasiones las hipótesis se mueven entre extremos (SASTRE, 2008). Apenas tenemos evidencias de ataques directos a estos sitios, pero lo cierto es que la superficie descubierta y excavada ha estado siempre condicionada a solventar problemas cronológicos y constructivos, no de otra índole (WELLS, 2011: 417). Es razonable aceptar que las gentes del Hierro estaban involucradas en actividades bélicas, pero lo que no tiene sentido es que el concepto mismo de la guerra fuera compartido entre comunidades distintas y heterogéneas (RUIZ ZAPATERO, 2003: 16). Por otro lado parece arriesgado, con la información disponible, mantener el énfasis que damos a los sitios fortificados frente a los «abiertos», seguramente más importantes y más abundantes de lo que nunca podamos llegar a imaginar (HASELGROVE y POPE, 2007) pero apenas conocidos.

3. SOCIEDAD, DEMOGRAFÍA Y EL CONCEPTO DE LA CIUDAD

Entonces, ¿a qué tipo de Edad del Hierro tenemos que referirnos? No hay un modelo único. La Edad del Hierro de la Meseta española es la historia de numerosas y variadas sociedades locales que evolucionan, con identidades múltiples, a partir de la Edad del Bronce (ÁLVAREZ-SANCHÍS *et al.*, 2011; ÁLVAREZ-SANCHÍS y RUIZ ZAPATERO, 2014: 209-210; RUIZ ZAPATERO 2014: 52 ss.). Las evidencias descritas sugieren que la mejor forma de caracterizar las tierras del interior peninsular durante la Edad del Hierro inicial es la de un mosaico a pequeña escala de sociedades agrarias autosuficientes, algunas de las cuales se aglomeraron formando grupos mayores a mediados del primer milenio a.C. Esta tendencia se aceleró en los últimos siglos hasta la conquista romana, con la aparición de los grandes *oppida*. El urbanismo prerromano, además del análisis interno de los asentamientos, nos muestra un uso explícito del paisaje al tiempo que encapsula las estructuras sociales, políticas e ideológicas de las personas que allí vivieron. En cierto modo, el urbanismo es un fenómeno más de la historia social (ANDREEV, 1989).

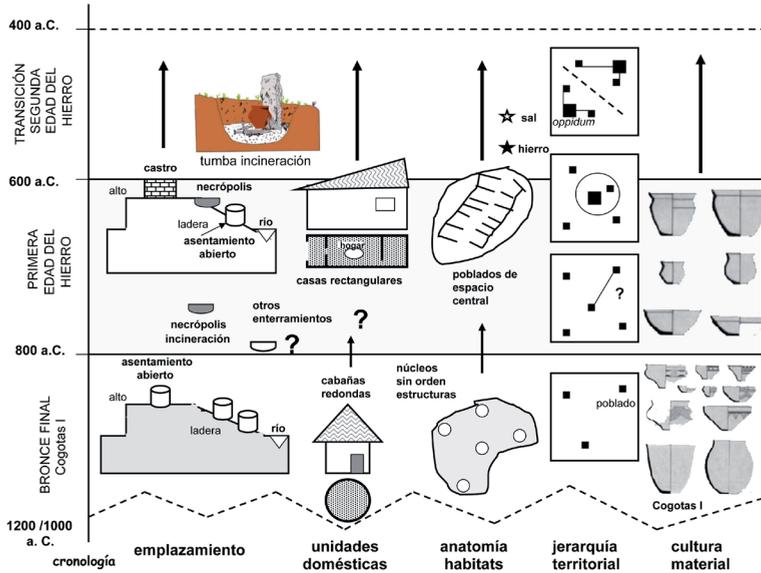


Figura 5. Secuencia idealizada del tipo de poblamiento del área de estudio entre finales de la Edad del Bronce y la Segunda Edad del Hierro.

Se han planteado numerosas definiciones sobre «urbanismo» o el concepto de «urbano» desde una perspectiva arqueológica: 1) algunos han elaborado un listado de características urbanas (CHILDE, 1950; TALBERT, 2000; SMITH, 2009); 2) otros estudios han seguido rasgos e indicadores prestados de la antigüedad clásica como referencia para los contextos prehistóricos (KOLB, 1984); 3) hay quienes han enfatizado el papel de las ciudades en el marco de los territorios y de las vidas de las personas (YOFE, 2005); 4) otros han contrastado identidades rurales y urbanas (COWGILL, 2004; RICH y WALLACE-HADRILL, 1991) e incluso han considerado una perspectiva más ecológica en el enfoque (MATTINGLY y STERRY, 2013); 5) unos pocos han defendido el componente ideológico para identificar las ciudades en la Edad del Hierro *Céltica* (ALMAGRO-GORBEA y LORRIO, 2011); 6) otros han preferido una definición más pragmática según el contexto (FERNÁNDEZ-GÖTZ y KRAUSSE, 2013), y hay quienes, finalmente, han descartado la idea de que existan realmente rasgos claramente definitorios (SMITH, 2003).

El urbanismo fue un desarrollo relativamente tardío en Europa. Y aunque «urbano» es un término cómodo y bastante útil para clasificar las sociedades del final de la Prehistoria, lo cierto es que nuestro objetivo no es producir meras *etiquetas* sino comprender realmente cómo funcionaron y cómo cambiaron las sociedades de la época (COLLIS, 1984 y 1996: 223). Parece bastante razonable aceptar que las sociedades urbanas no pueden reducirse a un modelo único (WOOLF, 1993) y también reconocer que hubo diferentes tipos de *ciudades* en la Edad del Hierro europea. Tal vez la postura más razonable sea explorar los elementos comunes presentes en el amplio catálogo de las ciudades del pasado y comprender cada caso en sus propios términos, desentrañando los cambios que representan en comparación con los asentamientos de etapas previas (RUIZ ZAPATERO, 2011b: 298).

Un factor clave para entender el significado de los nuevos asentamientos a inicios de la Edad del Hierro es valorar qué componentes de la vida cotidiana cambiaron y por qué lo hicieron. Y en ese sentido debemos analizar cuidadosamente los cambios que implicaban «vivir en una ciudad» (YOFEE, 2005: 61-62). Existen, al menos, cinco aspectos básicos a tener en cuenta:

(1) Demografía. El número de personas que viven juntas de forma permanente es una buena referencia para discutir el concepto urbano. Muchos estudios han valorado la distancia crítica que existe entre los pequeños asentamientos rurales y los centros urbanos (FLETCHER, 1995), incluso si aceptamos la idea de un «urbanismo de base agraria y baja densidad» (FLETCHER, 2009 y 2012). Evidentemente no existe una frontera nítida para todos los casos, para todas las áreas y para cualquier época, pero parece razonable asumir una figura flexible que separe comunidades rurales y urbanas desde un punto de vista básico: el aumento de los problemas en las relaciones cotidianas a tenor del aumento demográfico, como bien recogen algunos estudios en contextos modernos (O'BRIEN, 2009: 5 ss.). Entendemos que los poblados abiertos y fortificados de la Primera Edad del Hierro en torno a los 400 o 500 habitantes (ALMAGRO-GORBEA, 1995: 179 ss.) representarían el límite máximo de una comunidad típicamente agrícola. En muchos casos grandes cementerios próximos avalan estos sitios como núcleos de población significativa (ÁLVAREZ-SANCHÍS y RUIZ ZAPATERO, 2001: 67-70). Y lo que está claro es que las comunidades de la Meseta en períodos anteriores nunca habían vivido en esas grandes aglomeraciones. Sucedió ahora, por primera vez, y eso debió crear nuevas percepciones de la vida en comunidad (CERDEÑO y SAGARDOY, 2010).

(2) Subsistencia y economía. Una cuestión clave es valorar en qué difieren los núcleos urbanos y rurales desde un punto de vista económico. Básicamente, se supone que la producción primaria (agricultura y ganadería) es común a ambos tipos de yacimientos aunque podamos identificar distintas escalas y formas de subsistencia. La diferencia real descansa en el número y la magnitud de las artesanías desarrolladas en los centros urbanos. La metalurgia y la alfarería fueron probablemente los oficios más importantes y sólo al final de la Edad del Hierro, ya con los *oppida*, encontramos talleres de alfarero y producción de hierro a un nivel «suprafamiliar» (RUIZ ZAPATERO y ÁLVAREZ-SANCHÍS, 1995). Eso significa que los grandes centros urbanos estaban involucrados en una función redistributiva de productos y servicios a los sitios rurales. Este aspecto nos lleva a otra función excepcional: las actividades relacionadas con el comercio y el intercambio tenían lugar en los núcleos urbanos. Por tanto, en nuestra opinión, el verdadero carácter urbano de un asentamiento debe incluir la capacidad de producir comida de forma autosuficiente, una artesanía diversificada para abastecer las necesidades de los sitios rurales más pequeños y un papel central en el comercio. Necesitamos saber mucho más sobre estos temas para tener una visión clara de los primeros centros urbanos en la Meseta durante la Edad del Hierro.

(3) Territorio. Las ciudades suelen controlar un territorio más o menos extenso (*chora*) que incorpora otras categorías de asentamientos. Esto implica la consideración de las ciudades como entidades que modelan y cambian los patrones de la vida diaria, generando nuevas formas de vida social y relaciones con su *hinterland*. La escasa información que tenemos sobre los pequeños asentamientos rurales de la Meseta exige prestarle más atención en el futuro, a pesar de los datos relevantes que empezamos a conocer sobre la periferia inmediata de los núcleos urbanos en otras áreas peninsulares (BELARTE y PLANA, 2012). No en vano, la

evolución de los castros se concreta en la aparición de *oppida* como una necesidad de controlar, cada vez más, extensos territorios que dibujan una jerarquía clara (BURILLO, 2007: 251).

Un aspecto complementario lo constituye el concepto de *periurbano*, entendido como el territorio inmediato a los poblados y castros (BELARTE y PLANA, 2012). Esto es el área extramuros en un radio pequeño, digamos de menos de 1 km., la corona alrededor de los asentamientos. El espacio *periurbano*, cuyo análisis originariamente surgió para referirse a los *oppida* de finales de la Edad del Hierro, incluye la instalación de elementos y estructuras relacionados con actividades económicas y de otro tipo, que tradicionalmente no han sido objeto de investigación arqueológica (COLLET y FLOUEST, 1997; AUGIER *et al.*, 2001). Pero las instalaciones *periurbanas* aparentan ser espacios articuladores de las actividades de dentro y fuera de los hábitats, así como indicadores de las características sociales de las comunidades que las construyeron y usaron.

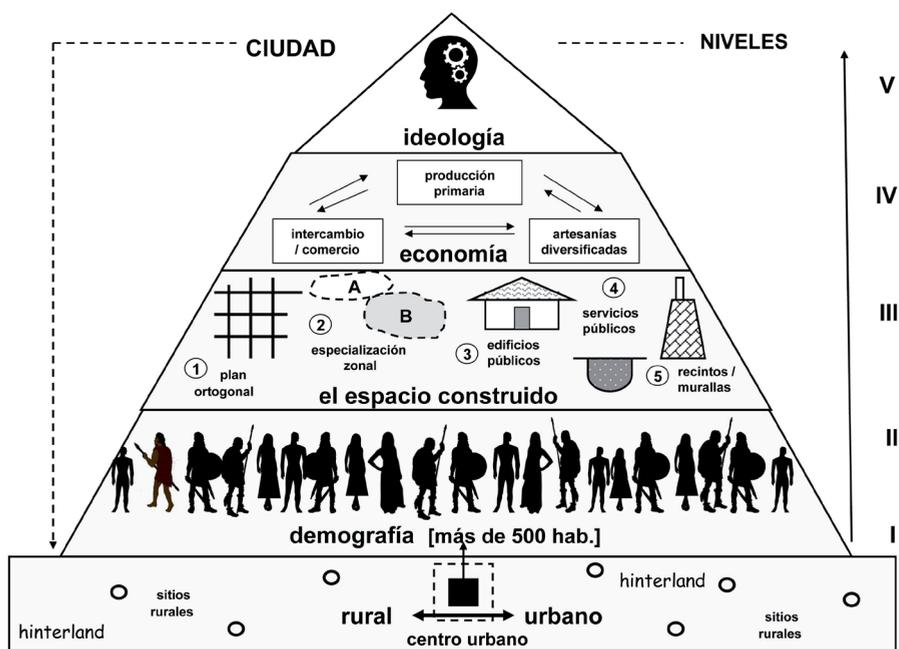


Figura 6. Modelo de relaciones entre los componentes básicos del urbanismo en la Edad del Hierro de la Meseta, con la ideología como aglutinante de los demás componentes.

(4): Características constructivas. Tal vez el rasgo más conocido sea la disposición ortogonal de las ciudades antiguas del Mediterráneo y Oriente Próximo (CASTAGNOLI, 1971), pero cada vez es más evidente que esto es sólo una posibilidad en la organización del espacio interior de una ciudad, aunque sea la más popular. La distribución interna de un sitio siguiendo criterios funcionales es un hecho bastante bien conocido en la Europa templada de finales de la Edad del

Hierro (FICHTL, 2012) y debería reflejarse en una forma de organización espacial que expresara la condición urbana del asentamiento. Reivindicamos este fenómeno para los grandes castros y *oppida* en la Meseta, con una organización interna que distinga las zonas de artesanía y servicios comunales del espacio estrictamente residencial. La existencia de otros servicios públicos y comunes como son los vertederos o las áreas destinadas a ferias y mercados temporales junto a los recintos amurallados, empiezan a estar relativamente bien documentados (ÁLVAREZ-SANCHÍS 2011: 168-169). Los edificios de carácter religioso, político e ideológico (santuarios) no son comunes y parecen más bien un rasgo del final de la Edad del Hierro. Sin embargo, una interpretación reciente sobre el antiguo santuario de Tiermes (Soria) puede introducir un aspecto importante en la discusión de las dimensiones ideológicas de las ciudades celtibéricas (ALMAGRO-GORBEA y LORRIO, 2011: 123 ss.).

(5) Ideología. Las dimensiones ideológicas para explicar la configuración de los *oppida* en el mundo celta han sido tradicionalmente excluidas de la investigación. Pero el concepto de ciudad en la Europa celta parece fundamentalmente ideológico, como también lo fue en Grecia (MORRIS, 2006), Roma y en casi todas las culturas de la antigüedad (GATES, 2003). Almagro-Gorbea ha defendido esta interpretación a partir del análisis del antiguo santuario de Tiermes en la Celtiberia, argumentando que este sitio sería una prueba de la existencia de un «Héroe-Fundador» de la ciudad, representado aquí y en otras ciudades celtas como la figura mítica y divina de *Teutates* (ALMAGRO-GORBEA y LORRIO, 2011: 155-166). Se trata sin duda de una explicación compleja con algunos elementos problemáticos, pero atractiva por su poderosa capacidad de descubrir la profunda estructura social y política de las comunidades celtas con *rex* o *rix* en la cúspide de la pirámide social. Seguramente éstos fueron reforzados políticamente, como miembros de una élite transformados en héroes. Incluso se ha sugerido que el concepto urbano en las grandes aglomeraciones célticas estaría relacionado con rituales jurídicos de fundación (RYCKWERT, 1976: 28).

Si esta propuesta es correcta, debemos asumir que la noción de «vivir en una ciudad» es, ante todo, una cuestión ideológica. Luego parece ingenuo establecer una fecha exacta, en el transcurso de la Edad del Hierro, a partir de la cual la Meseta se hizo «urbana». Aún así, los resultados de las investigaciones arqueológicas más recientes proporcionan una imagen bastante más clara sobre el desarrollo de estos sitios, algunos de los cuales reunieron poblaciones formando grupos mayores y más complejos al final del período.

4. BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. (1993): «La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el periodo Protoorientalizante», *Complutum* 4: 81-94
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1995): «From hill-forts to oppida in "Celtic" Iberia», en B. Cunliffe y S. Keay (eds.), *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia: From the Copper Age to the Second Century A.D.*, British Academy, London: 175-207.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (2011): «La celtización de la Península Ibérica: bases para la investigación en el siglo XXI», en G. RUIZ ZAPATERO y J. R. ÁLVAREZ-SANCHÍS

- (eds.), *Castros y Verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia*, Institución Gran Duque de Alba, Ávila: 19-44.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A. (2004): «War and society in the celtiberian world», *Journal of Interdisciplinary Celtic Studies (e-keltoi)* 6 (special issue: The Celts in the Iberian Peninsula): 73-112.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A. (2011): *Teutates. El heroe Fundador y el culto heroico al antepasado en Hispania y la Keltiké*, Bibliotheca Archaeologia Hispana 36, Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., LORRIO, A., MEDEROS, A. y TORRES, M. (2008): *La necrópolis de Medellín. III. Estudios analíticos. IV. Interpretación de la necrópolis. V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis*, Bibliotheca Archaeologia Hispana 26 (3), Real Academia de la Historia, Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (2000): «The Iron Age in Western Spain (800 BC-AD 50): An Overview», *Oxford Journal of Archaeology* 19 (1): 65-89.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (2005): «Oppida and celtic society in western Spain», *Journal of Interdisciplinary Celtic Studies (e-keltoi)* 6 (special issue: The Celts in the Iberian Peninsula): 255-285.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (2011): «Ciudades vettonas», en J. R. ÁLVAREZ-SANCHÍS, A. JIMENO y G. RUIZ ZAPATERO (eds.), *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*, Complutum 22 (2): 147-183.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., JIMENO, A. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.) (2011): *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*, Complutum, 22-2, Universidad Complutense, Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. y RUIZ ZAPATERO, G. (2001): «Cementerios y asentamientos: bases para una demografía arqueológica de la Meseta en la Edad del Hierro», en L. BERROCAL-RANGEL y Ph. GARDES (eds.), *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 8, Madrid: 61-75.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. y RUIZ ZAPATERO, G. (2014): «The Emergence of Urbanism in Early Iron Age Central Iberia», en M. FERNÁNDEZ-GÖTZ, H. WENDLING y K. WINGER (eds.), *Paths to Complexity. Centralisation and Urbanisation in Iron Age Europe* Oxbow Books, Oxford: 204-213.
- ANDREEV, Y. V. (1989): «Urbanization as a phenomenon of social history», *Oxford Journal of Archaeology* 8 (2): 167-77.
- ARENAS, J. (1999): *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central, España*, BAR, International Series 780, Oxford.
- ARENAS, J. (2010): «Arquitectura doméstica prerromana en el oriente meseteño: análisis funcional y estimaciones demográficas», en F. BURILLO (coord.), *Arqueología de la población, Arqueología Espacial* 28: 335-350.
- ARENAS, J. (2011): «El poblamiento prerromano en el área Alto Tajo-Alto Jalón», en J. R. ÁLVAREZ-SANCHÍS, A. JIMENO y G. RUIZ ZAPATERO (eds.), *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*, Complutum 22 (2): 129-146.
- ARENAS, J. (2012): «The Celtiberian World: a long process of cultural hybridization», en P. ANREITER, E. BÁNFFY, L. BARTOSIEWICZ, W. MEID y C. METZNER-NEBELSICK (eds.), *Archaeological, Cultural and Linguistic Heritage. Festschrift for Erzsébet Jerem in Honour of her 70th Birthday* Archaeolingua Alapítvány, Budapest: 33-46.
- ARMIT, I. (2007): «Hillforts at war: from Maiden Castle to Taniwaha Pâ», *Proceedings of the Prehistoric Society* 73: 25-37.

- AUGIER, L., BUCHSENSCHUTZ, O., FROQUET, H., MILCENT, P.-Y. y RALSTON, I. (2001): «The 5th century B.C. at Bourges, Berry, France: New discoveries», *Antiquity* 75: 23-24.
- BIEL, J. y KRAUSSE, D. (eds.) (2005): *Frühkeltische Fürstensitze. Älteste Städte und Herrschaftszentren nördlich der Alpen?*, Archäologische Informationen aus Baden-Württemberg 51, Esslingen.
- BELARTE, M. C. y PLANA, R. (eds.) (2012): *El paisatge periurbà a la Mediterrània Occidental durant la protohistòria y l'antiguitat*, ICAC (Documenta), Tarragona.
- BLANCO-GONZÁLEZ, A. (2010): «Arqueología de la población entre la Edad del Bronce y el Primer Hierro (1800-400 AC): sobre procesos migratorios y colonizadores en la Submeseta Norte», en F. BURILLO (coord.), *Arqueología de la población*, *Arqueología Espacial* 28: 361-379.
- BLANCO-GONZÁLEZ, A. (2011): «From huts to the house: the shift in perceiving home between the Bronze Age and the Early Iron Age in Central Iberia (Spain)», *Oxford Journal of Archaeology* 30 (4): 393-410.
- BLODÖRN, J. (2006): *Fernhandel oder Prestigegetertausch? Importfunde der Oppidazivilisation*, Leipzig (Ungedr. Magisterarb.).
- BRYANT, S. (2007): «Central places or special places? The origins and development of 'oppida' in Hertfordshire», en C. C. HASELGROVE y T. MOORE (eds), *The Later Iron Age in Britain and Beyond*, Oxbow, Oxford: 62-80.
- BUCHSENSCHUTZ, O. (2007): *Les Celtes de L'Âge du Fer*, Armand Colin, Paris.
- BURILLO, F. (2007): *Los Celtiberos. Etnias y estados*, Crítica, Barcelona.
- CASTAGNOLI, F. (1971): *Orthogonal Town Planning in Antiquity*, Cambridge, MA: MIT Press.
- CELESTINO, S., RAFEL, N. y ARMADA, X.-L. (eds.) (2008): *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e): la precolonización a debate*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, Serie Arqueológica 11, Madrid.
- CERDEÑO, M^a. L. y GARCÍA HUERTA, M^a. R. (1992): *El castro de la Coronilla. Chera, Guadalajara (1980-86)*, Excavaciones Arqueológicas en España 163, Madrid.
- CERDEÑO, M. y JUEZ, P. (2002): *El castro celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)*, Monografías Arqueológicas del Seminario de Arqueología y Etnología Turolense 8, Teruel.
- CERDEÑO, M., MARCOS, F. y SAGARDOY, T. (2002): «Campos de Urnas en la Meseta Oriental: nuevos datos sobre un viejo tema», *Trabajos de Prehistoria* 59 (2): 135-147.
- CERDEÑO, M. y SAGARDOY, T. (2007): *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV (Guadalajara)*, Centro de Estudios Celtibéricos 4. Zaragoza.
- CERDEÑO, M. y SAGARDOY, T. (2010): «Sobre demografía celtibérica: nuevos datos arqueológicos», *Arqueología Espacial* 28: 311-334.
- CHILDE, V. G. (1950): «The urban revolution», *Town Planning Review* 21 (1): 3-17.
- COLIN, A. (1998): *Chronologie des oppida de la gaule non mediterraneenne*, MSH Paris.
- COLLET, S. y FLOUEST, J.-L. (1997): «Activités métallurgiques et commerce avec le monde Méditerranéen au Ve siècle avant J.-C. à Bragny-sur-Saône (Saône-et-Loire)», en P. BRUN y B. CHAUME (eds.), *Vix et les e'phe'me' res principaute's Celtiques. Les Vle-Ve sie'cles avant J.-C. en Europe centrooccidentale*, Errance, Paris: 165-172.
- COLLIS, J. (1984): *Oppida: Earliest towns north of the Alps*, Sheffield University Press, Sheffield.

- COLLIS, J. (1996): «Urbanisation in Atlantic Europe in the Iron Age», *Gallaecia* 14-15: 223-241.
- COLLIS, J. (2000): «Celtic Oppida», en M. H. HANSEN (ed), *A Comparative Study of Thirty City-State Cultures*. Copenhagen: 229-239.
- COWGILL, G. L. (2004): «Origins and development of urbanism: archaeological perspectives», *Annual Review of Anthropology* 33: 525-49.
- CUNLIFFE, B. (2001): *Facing the Ocean. The Atlantic and its Peoples. 8000 BC-AD 1500*, Oxford University Press, Oxford.
- CUNLIFFE, B. (2009): *Iron Age communities in Britain*, 4th edition, Routledge, London-New York.
- CUNLIFFE, B. W. y OSBORNE, R. (eds.) (2005): *Mediterranean Urbanization 800-600 BC*, Oxford University Press, Oxford.
- DELGADO, A. (2008): «Fenicios en Iberia», en F. GRACIA (coord.), *De Iberia a Hispania*, Ariel-Prehistoria, Barcelona: 347-474.
- DELIBES, G. y DEL VAL, J. (2007-2008): «La explotación de la sal al término de la Edad del Cobre en la Meseta central española. ¿Fuente de riqueza e instrumento de poder de los Jefes Ciempozuelos?», *Veleia* 24-25 (2): 791-812.
- DELIBES, G. y ROMERO, F. (2011): «La plena colonización agraria del Valle Medio del Duero», en J. R. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*, *Complutum* 22 (2): 49-94.
- DELIBES, G., ROMERO, F. y MORALES, A. (eds.) (1995): *Arqueología y medio ambiente: El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- ESPARZA, A. (2011): «Los castros del oeste de la Meseta», en J. R. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*, *Complutum* 22 (2): 11-48.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. (2014): «Reassessing the oppida: the role of power and religion», *Oxford Journal of Archaeology* 33 (4): 379-394.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. y KRAUSSE, D. (2013): «Rethinking Early Iron Age urbanization in central Europe: the Heuneburg site and its archaeological environment», *Antiquity* 87 (336): 473-487.
- FICHTL, S. (2012): *Les premières villes de Gaule: Le temps des oppida*, Picard et Epona, Paris.
- FLETCHER, R. (1995): *The Limits of Settlement Growth. A Theoretical Outline*, Cambridge University Press, Cambridge.
- FLETCHER, R. (2009): «Low-Density, Agrarian-Based Urbanism: A Comparative View», *Insights* 2 (4): 2-19.
- FLETCHER, R. (2012): «Low-Density, Agrarian-Based Urbanism: Scale, Power and Ecology», en M. F. SMITH (ed.), *The Comparative Archaeology of Complex Societies*, Cambridge University Press, New York-Cambridge.
- FOKKENS, H. y ARNOLDUSSEN, S. (2008): «Towards new models», en S. Arnoldussen y H. Fokkens (eds.), *Bronze Age settlement sites in the Low Countries*, Oxbow, Oxford: 1-16.
- GATES, C. (2003): *Ancient Cities: The Archaeology of Urban Life in the Ancient Near East and Egypt, Greece and Rome*, Routledge, New York.
- GERRITSEN, F. (1999): «To

- Build and to Abandon. The Cultural Biography of Late Prehistoric Houses and Farmsteads in the Southern Netherlands», *Archaeological Dialogues*, 6: 78-114.
- GERRITSEN, F. (2008): «Domestic times. Houses and temporalities in late prehistoric Europe», en A. JONES (ed.), *Prehistoric Europe. Theory and Practice*, Blackwell, Oxford: 143-161.
- GONZÁLES DE CANALES, F., SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2006): «House societies vs. kinship-based societies: an archaeological case from Iron Age Europe», *Journal of Anthropological Archaeology* 25 (1): 144-173.
- GRAELLS, R. (2008): *Análisis de las manifestaciones funerarias en Catalunya durante los ss. VII y VI a.C. Sociedad y cultura material: la asimilación de estímulos mediterráneos*, Universitat de Lleida, Tesis Doctoral, Lleida.
- GUERRA, E., DELIBES, G., ABARQUERO, F. J., DEL VAL, J. y PALOMINO, A. L. (2011): «The Beaker salt production centre of Molino Sanchón II, Zamora (Spain)», *Antiquity* 85 (329): 805-818.
- GUICHARD, V., S. SIEVERS y O. H. URBAN (eds.) (2000): *Les processus d'urbanisation à l'âge du Fer. Eisenzeitliche Urbanisierungsprozesse*, Actes du colloque Glux-en-Glenne 1998, Collection Bibracte 4, Glux-en-Glenne.
- HASELGROVE, C. y POPE, R. (eds.) (2007): *The Earlier Iron Age in Britain and the Near Continent*, Oxbow Books, Oxford.
- HILL, J. D. (2007): «The dynamics of social change in Later Iron Age eastern and south-eastern England c. 300 BC-AD 43», en C. HASELGROVE y T. MOORE (eds.), *The Later Iron Age Britain and Beyond*, Oxford: 16-40.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26, Real Academia de la Historia, Madrid.
- KÖHLER, M. (1995): «Understanding the oscillating nature of hillfort settlement in Hallstatt Thuringia», en J. D. HILL y G. CUMBERPATCH (eds.), *Different Iron Ages: Studies on the Iron Age in Temperate Europe*, BAR International Series 602, Archaeopress, Oxford: 195-212.
- KOLB, F. (1984): *Die Stadt im Altertum*, Beck, Munich.
- KRAUSSE, D. y FERNÁNDEZ-GLÓTZ, M. (2012): «Die Heuneburg. Neue Forschungen zur Entwicklung einer spathallstattzeitlichen Stadt», en *Die Welt der Kelten. Zentren der Macht – Kostbarkeiten der Kunst*, Thorbecke, Ostfildern: 116-123.
- LOCK, G. (2011): «Hillforts, Emotional Metaphors, and the Good Life: a Response to Armit», *Proceedings of the Prehistoric Society* 77: 355-362.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A. y BLANCO-GONZÁLEZ, A. (2003): «La mutación Bronce final/Primer Hierro en el suroeste de la Cuenca del Duero (provincia de Ávila): ¿cambio ecológico y social?», en A. ESPARZA (coord), *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*, Salamanca: 219-238.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A., BLANCO-GONZÁLEZ, A., LÓPEZ MERINO, L., RUIZ ZAPATA, L., DORADO, M., PÉREZ DÍAZ, S., VALDEOLMILLOS, A. y BURJACHS, S. (2009): «Landscape and climatic changes during the end of the Late Prehistory in the Amblés Valley (Ávila, Central Spain) from 1200 to 400 cal. B.C.», *Quat. Int.* 200: 90-101.
- LORRIO, A. (2005): *Los Celtiberos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 25, Complutum Extra 7, 2.^a edición ampliada y actualizada, Real Academia de la Historia, Madrid.

- LORRIO, A. y RUIZ ZAPATERO, G. (2005): «The Celts in Iberia: an overview», *Interdisciplinary Celtic Studies (e-keltoi)* 6 (special issue: *The Celts in the Iberian Peninsula*): 167-254.
- MATTINGLY, D. J. y STERRY, M. (2013): «The first towns in the central Sahara», *Antiquity* 87 (336): 503-518.
- MORRIS, I. (2006): «The growth of Greek cities in the first millennium BC.», en G. R. STOREY (ed.), *Urbanism in the Preindustrial World: Cross-Cultural Approaches*. Tuscaloosa, AL, University of Alabama Press: 26-51.
- NEUSTUPNY, E. (1997-1998): «Mainstreams and minorities in archaeology». *Archaeologia Polona* 35-36: 13-23.
- O'BRIEN, D. T. (2009): «Sociality in the city: using biological principles to explore the relationship between high population density and social behaviour», en J. A. JAWORSKI (ed.), *Advances in Sociology Research* 8: 1-14.
- PEYRE, CH. y BUCHSENSCHUTZ, O. (2008): «Tite-Live, Bourges, et les premiers processus d'urbanisation à l'âge de Fer en France septentrional», *Germania* 86: 29-46.
- PITTS, M. (2010): «Re-Thinking the Southern British Oppida: Networks, Kingdoms and Material Culture», *European Journal of Archaeology* 13 (1): 32-63.
- RAMÍREZ, M^a. L. (1999): «La casa circular durante la Primera Edad del Hierro en el Valle del Duero», *Numantia* 7: 67-94.
- RICH, J. y WALLACE-HADRILL, A. (eds.) (1991): *City and Country in the Ancient World*, Routledge, London.
- RIECKHOFF, S. (2002): «Der Untergang der Städte», en C. DOBIAT, S. SIEVERS y T. STÖLLNER (eds.), *Dürrnberg und Manching. Wirtschaftsarchäologie im ostkeltischen Raum*, Habelt, Bonn: 359-379.
- ROMERO, F. (1991): *Los castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*, Valladolid.
- ROMERO, F. (2003): «Piedras hincadas en el oriente meseteño», en N. ALONSO, E. JUNYENT, A. LAFUENTE y J. B. LÓPEZ (coords.), *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*, Universidad de Lleida, Lleida: 179-208.
- ROMERO, F. y LORRIO, A. (2011): «El origen del poblamiento celtibérico en el Alto Duero», en J. R. ÁLVAREZ-SANCHÍS, A. JIMENO y G. RUIZ ZAPATERO (eds.), *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*, Complutum 22 (2): 95-128.
- ROMERO, F. y MISIEGO, J. (1995): «Desarrollo secuencial de la Edad del Hierro en el Alto Duero: El Castillejo (Fuensaúco, Soria)», en F. BURILLO (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*, Institución «Fernando El Católico», Zaragoza: 127-139.
- ROMERO, F., SANZ, C. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (2008): «El primer milenio a.C. en las tierras del interior peninsular», en F. GRACIA ALONSO (ed.), *De Iberia a Hispania*, Ariel-Prehistoria, Barcelona: 649-731.
- RUIZ-GÁLVEZ, M^a L. (1992): «La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica», *Spal* 1: 219-251.
- RUIZ-GÁLVEZ, M^a L. (1993): «El occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce», *Complutum* 4: 41-68.
- RUIZ-GÁLVEZ, M^a L. (1998): «Settlement pattern and socio-economic changes in the Bronze Age/ Iron Age transition of the Spanish Meseta and Southwest», en B.

- HÄNSEL (ed.), *Mensch und Umwelt in der Bronzezeit Europas*, Kiel, Oetker-Voges Verlag: 441-448.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1992): «Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el NE. de Iberia», *Gala. Revista d'Arqueologia i Antropologia* 1: 103-116.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1995): «El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones», en F. BURILLO (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 25-40.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2003): «Las fortificaciones de la Primera Edad del Hierro en la Europa templada», en N. ALONSO, E. JUNYENT, A. LAFUENTE y J. B. LÓPEZ (coords.), *Chevaux de frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*, Lleida: 13-34.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2007): «Antes del Hierro. Cultura y sociedad en el centro de la Meseta (c. 1200-500 a.C.)», en A. DÁVILA (ed.), *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania*, vol. I, Museo Arqueológico Regional, Madrid: 36-63.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2011a): «Settlement and landscape in Iron Age: archaeological mainstreams and minorities», en T. MOORE y X-L. ARMADA (eds.), *Atlantic Europe in the First Millenium BC: Crossing the divide*, Oxford University Press, Oxford: 81-108.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2011b): «El caleidoscopio urbano en el mundo “céltico” de la Meseta», en J. R. ÁLVAREZ-SANCHÍS, A. JIMENO y G. RUIZ ZAPATERO (eds.), *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*, *Complutum* 22 (2): 297-309.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2014): *Gentes de la Edad del Hierro*. Comunidad de Madrid. (Madrid, una historia para todos, nº 4), Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (1995): «Las Cogotas: Oppida and the Roots of Urbanism in the Spanish Meseta», en B. CUNLIFFE y S. KEAY (eds.), *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia: from the Copper Age to the second century AD*. British Academy, London: 209-236.
- RUIZ ZAPATERO, G., FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (2012): «Die Ausbreitung der Eisenmetallurgie auf der Iberischen Halbinsel», en A. KERN, J. K. KOCH, I. BALZER, J. FRIES-KNOBLACH, K. KOVARIK, CH. LATER, P.C. RAMSL, P. TREBSCHKE y J. WIETHOLD (eds.), *Technologieentwicklung und -transfer in der Hallstatt- Latènezeit. Beiträge zur Ur- und Frühgeschichte Mitteleuropas* 65, Beier und Beran, Langenweissbach: 149-166.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO, A. (2000): «La “belleza del guerrero”: los equipos de aseo personal y el cuerpo en el mundo celtibérico», *Soria Arqueológica A José Luis Argente Oliver* 2, Soria: 279-309.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO, A. (2007): «The prehistoric roots of Celtiberian world», en R. Carl and D. Stifer (eds.), *The Celtic world* vol II. Routledge, Londres-Nueva York: 45-67.
- RYCKWERT, J. (1976): *The idea of a town*, Faber & Faber, London.
- SANZ, C. (1998): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas. Padilla de Duero (Valladolid)*, Arqueología en Castilla y León, Memorias 6, Salamanca.
- SASTRE, Í. (2008): «Community, Identity, and Conflict. Iron Age Warfare in the Iberian Northwest», *Current Anthropology* 49 (6): 1021-1051.
- SHARPLES, N. (2010): *Social Relations in Later Prehistory: Wessex in the First Millenium BC*, Oxford University Press, Oxford.

- SIERVERS, S. y SCHÖNFELDER, M. (eds.) (2012): *Die Frage der Protourbanisation in der Eisenzeit. La question de la proto-urbanisation à l'âge du Fer. Akten des 34. internationalen Kolloquiums rftder AFEAF vom 13.-16. Mai 2010 in Aschaffenburg, Bonn, Habelt.*
- SMITH, A. T. (2003): *The Political Landscape: constellations of authority in early complex polities*, University of California Press, Los Angeles.
- SMITH, M. E. (2009): «V. Gordon Childe and the urban revolution: an historical perspective on a revolution in urban studies», *Town Planning Review* 80: 2-29.
- TALBERT, R. J. A. (ed.) (2000): *Barrington atlas of the Greek and Roman world*, Princeton University Press, Princeton (NJ).
- TARACENA, B. (1941): *Carta Arqueológica de España. Soria*. Instituto Diego Velázquez, C.S.I.C., Madrid.
- THURSTON, T. L. (2009): «Unity and diversity in the European Iron Age: out of the mists, some clarity?», *Journal of Archaeological Research* 17 (4): 7-84.
- WELLS, P. S. (2011): «The Iron Age», en S. MILISAUSKAS (ed.), *European Prehistory. A survey. 2nd edition*, Springer, New York-London: 405-460.
- WOOLF, G. (1993): «Rethinking the oppida», *Oxford Journal of Archaeology* 12: 223-233.
- YOFEE, N. (2005): «Making ancient cities plausible», *Reviews in Anthropology* 38: 264-89.

